

Cada quien morirá por su lado: una historia militar de la Decena Trágica

Gilly, Adolfo, México: Ediciones Era, 2013, 198 pp.

Maricela Garza Martínez

Cada quien morirá por su lado narra con minucia, por un lado, las acciones armadas que en los días del 9 al 18 de febrero de 1913 azotaron la Ciudad de México y, por el otro, hace el esfuerzo por desenredar la madeja de alianzas y traiciones que se fueron formando a lo largo de estos diez días que hace un siglo ya, dejaron su huella y marcaron el rumbo en la historia del país.

Para Adolfo Gilly la Decena Trágica fue una rebelión contra Madero, una “historia entre militares” de los altos mandos de su ejército, el Ejército Federal encabezado por el General de División

Victoriano Huerta y también, en la parte contraria a éste, Felipe Ángeles y Lauro Villar.

En esta obra Gilly investiga y pone en evidencia las relaciones y tensiones interiores en el Ejército Federal, pilar del régimen porfiriano que Francisco I. Madero heredó y cuyas jerarquías dejó intactas, ese cuerpo armado que cobró su vida y, año y medio después, terminó destruido por las armas de la Revolución.

En once capítulos, el autor comienza presentando los antecedentes que desencadenaron la llamada Decena Trágica; la liberación y posterior asesinato de Bernardo Reyes –suceso que marcaría el 9 de febrero como el inicio de este episodio– hasta terminar con la muerte de Madero y Pino Suárez. Finalmente, en el epílogo concluye con lo que sería la derrota del Ejército Federal en 1914 con la Toma de Zacatecas a cargo de Pancho Villa y Felipe Ángeles cerrando de este modo el episodio de la Decena Trágica con la caída y fuga de Victoriano Huerta.

El título del libro hace alusión a las palabras que Felipe Ángeles dio en respuesta a la invitación que un grupo de militares le hacía de unirse al Ejército Federal abandonando la División del Norte en el tiempo en el cual Huerta fungía como presidente; se negó argumentando que si las negociaciones diplomáticas con los Estados Unidos fracasaban “muramos cada quien por nuestro lado” lo cual lamentablemente terminaría sucediendo, del mismo modo que con los protagonistas de la Decena Trágica, quienes más

parecían seguir sus propios planes traduciéndose en desorganización y traición lo que acabaría dividiéndoles no sólo entre vivos y muertos sino, abiertamente, en bandos contrarios.

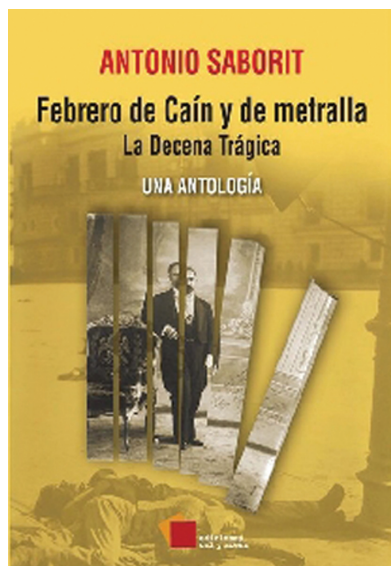
La obra se apoya en las distintas narraciones, versiones y testimonios así como en la prensa de esos días pero a diferencia de lo ya publicado anteriormente, el autor busca narrar la historia de los militares y no las acciones de guerra, es decir, contar de los sentimientos, acciones, hechos de lealtad, traición, intriga, doblez, ingenuidad, valentía o cobardía propios en toda guerra, tal como se presentaron y desplegaron en esos días y en algunas de sus secuelas en los tiempos sucesivos.

Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica: una antología

Saborit, Antonio, México: Ediciones Cal y Arena, 2013, 582 pp.

Angélica Garza Martínez

Los periódicos, en particular los afines al porfirismo, a través de la prosa, el verso y la caricatura, forjaron la figura de Francisco I. Madero, o mejor dicho, construyeron en el imaginario del pueblo su personalidad y temperamento que, lejos del revolucionario, fue variando de lo bisoño, cándido e ingenuo al autoritario y tramposo. No sólo eso, también consolidaron una representación física del candidato y luego presidente como un tipo insignificante “enano cabezón de largas



cejas y grandes bigotes". *El Imparcial* de Rafael Reyes Spíndola, el diario católico *El País* de Trinidad Sánchez Santos, *El Ahuizote* y *Gil Blas* –con José Guadalupe Posada entre sus colaboradores–, fueron medios que en este proceso atizaron una oposición y menosprecio hacia Madero. Éste también desplegó recursos para fundar publicaciones como *Nueva Era*, bajo la dirección de Juan Sánchez Azcona, y apoyar otras como *El Diario*, dirigido por Rafael Martínez "Rip-Rip", a fin de ofrecer su propia versión de su revolución y aminsonar en algo el deterioro de su imagen.

En ese contexto surgieron otros periódicos de oposición como *Multicolor*, donde unieron su genialidad los caricaturistas Ernesto García Cabral y el nuevoleonés Santiago R. de la Vega; *La Tribuna*, al frente de otro nuevoleonés: Nemesio García Naranjo; y *El Imparcial* cambió de manos.

Sobre este amplio panorama periodístico, Saborit se tomó la tarea de hacer una selección de contenidos que resulta esencial para sumergir al lector no sólo en el debate político sino en la atmósfera apasionada de la época que abarca

de 1909 con la campaña presidencial hasta los combates de La Ciudadela en la Ciudad de México en febrero de 1913.

La antología incluye en un grueso volumen artículos periodísticos, crónicas, memorias, entrevistas, ensayos, cartas, caricaturas políticas y otro tipo de géneros humorísticos inspirados en la comedia en boga en ese tiempo, sobre el gobierno maderista, de sus saldos fatídicos y de los hombres que acabaron con él.

Entre los textos sobresale el artículo crítico de Esteban Maqueo Castellanos sobre el libro *La sucesión presidencial*; la carta de Madero a Porfirio Díaz publicada en *El Tiempo*; los escritos de los comprometidos con la asonada contra Madero, en especial la carta de Rafael de Zayas Jr. a su hermano; la del capitán Rafael Romero López, quien tuvo parte activa en la ejecución del alzamiento; el vívido relato de José Juan Tablada; el de Carlos Toro que es un amplio ensayo de la caída de Madero desde sus antecedentes; el de Porfirio Barba Jacob quien narra como "extranjero" el asalto a Palacio Nacional y los combates de La Ciudadela. También aparecen textos de Nemesio García Naranjo y Rafael J. Rubio "Rejúpiter", y publicaciones de medios como *The Mexican Herald*, *El Tiempo*, *Diario Católico*, *El Diario del Hogar*, *La Iberia*, *Diario de la Mañana*, *La Patria*, *Multicolor* y *Semanario humorístico ilustrado*. El resultado es un panorama amplio que, como pocas veces, logra devolvernos el ambiente trepidante y el ánimo de la opinión pública de ese tiempo, incluyendo los anhelos, esperanzas y ambiciones de algunos de los involucrados. Así es posible entender cómo se consumó el golpe y porqué buena parte de la sociedad lo celebró.



La fotografía y la construcción de un imaginario. Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968

Castillo Troncoso, Alberto del. México, D.F.: Instituto Mora: IISUE, 2012, 331 pp.

Oswaldo García Martínez

En la década de los sesenta, la sociedad –sobre todo juvenil– irrumpió en el escenario mundial para cuestionar el sistema político y social (*establishment*), además de demandar mayor libertad en todos los sentidos, incluido el sexual. Las nuevas propuestas musicales, como el rock and roll estadounidense y británico, y el rock a la mexicana, las nuevas modas y el uso constante de las drogas canalizaron el descontento y constituyeron formas de relajación ante las tensiones políticas y sociales. El movimiento *hippie*, que surgió en Estados Unidos y al cual se adhirieron muchos jóvenes, era un reclamo de "paz y amor" contra las guerras de Corea y Vietnam, el consumismo, y en favor del retorno a la vida en comuna "del buen salvaje". La juventud reclamó mayor participación en la toma de decisiones, sumándose a las críticas

del liberalismo y el sistema capitalista. Estos movimientos estudiantiles tuvieron gran impulso mundial, pues en muchos países occidentales del viejo continente se desarrollaron las primeras protestas. En 1967 en Alemania surgieron las primeras protestas juveniles secundadas por Francia en el llamado “mayo francés” de 1968. En Alemania, Francia, Estados Unidos de América, México, Holanda, Italia, Japón, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia, los jóvenes se pronunciaron en contra del autoritarismo en las universidades y la falta de condiciones adecuadas para el estudio, pero también contra los valores burgueses de los adultos, la represión del Estado, el imperialismo –principalmente norteamericano y soviético– y en favor de mayores oportunidades, libertad sexual y personal, así como a la aceptación de la diversidad cultural.

Todos los movimientos estudiantiles fueron reprimidos de manera violenta. No obstante, 1968 marcó una ruptura en la historia, además de ser la manifestación de una gran revolución cultural, más que política. En dicho aspecto cultural, una de las consecuencias fue el aumento de la matrícula estudiantil en casi todos los niveles, adquiriendo un carácter masivo y no sujeto a élite, en donde los hijos de obreros, artesanos, profesionistas, empleados y campesinos accedían sin problemas al sistema educativo, lo que delineó un nuevo perfil mundial en donde la clase media en constante crecimiento sería por fin partícipe de la toma de decisiones estatales.

A partir de esta coyuntura específica, Alberto del Castillo Troncoso inició un análisis del movimiento estudiantil mexicano mediante el estudio pormenorizado de las fuentes iconográficas que resultaron de dicho proceso social. Resulta fundamental para la in-

terpretación de los hechos esta mirada novedosa de abordarlos, ya que mientras se ha resaltado y sobrevalorado la reflexión escrita que se ha producido sobre el tema, la fotografía documental y periodística del movimiento ha tenido un peso marginal e incluso poco favorecido, a excepción de unas cuantas propuestas como la clásica obra de *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, pues si bien las imágenes no han estado ausentes en la reflexión de escritores y académicos, han tenido un papel secundario y sólo ilustrativo del fenómeno en sí. El ensayo de Castillo Troncoso es una obra por demás interesante y necesaria para visualizar el movimiento estudiantil desde una nueva óptica historiográfica.

En este ensayo el autor busca generar el discurso a partir de las fotos y así construir una narrativa histórica, ya que las imágenes forman parte de la invención del pasado a estudio. Tal y como propone Eric Pedon, a quien cita el autor de la *Fotografía y la construcción del imaginario*: “se puede considerar de manera general que todo documento fotográfico está potencialmente destinado a devenir un archivo. Este status está ligado a la naturaleza misma de la imagen fotográfica: por su modo específico de capturar y conservar un estado de realidad, un aspecto del mundo, o un instante dado, la fotografía se relaciona con la historia, con la memoria”. De ahí que no se considere a la imagen o fotografía como una copia de la realidad, sino como representación que “contribuye a la representación de imaginarios visuales que deben ser leídos en función de contextos concretos”, siendo entonces instrumentos de la memoria social. A partir de este racionamiento, se puede definir a la imagen o fotografía como un

instrumento o fuente histórica que merece consideración para el análisis y reflexión de nuestro pasado –siempre y cuando se establezca, tal como el autor del ensayo lo hace, que se remitirá a los contextos políticos y editoriales que rodean el hecho fotográfico–, para presentarnos un análisis que involucre la estrategia editorial de la publicación, para dar forma a un discurso visual y así persuadir al lector en torno a cierto tipo de contenido y sobre todo mensaje, el punto de vista institucional de la publicación, quien es representado por la editorial principal, el punto de vista de colaboradores y reporteros, así como los pies de fotos y sus intenciones.

Como ejemplo interesante respecto a la postura del autor, tenemos el dato histórico por demás curioso y no sólo anecdótico de lo ocurrido el 23 de julio de 1966, cuando en el periódico *El Diario de México* cometió un lamentable error en su edición al publicar dos fotografías con los pies de foto invertidos en la página número tres. El pie de la primera foto aludía a una convención de gasolineros pero con un retrato del presidente Díaz Ordaz al fondo: “Se enriquece el zoológico. En la presente gráfica aparecen algunos de los nuevos ejemplares adquiridos por las autoridades para el divertimento de los capitalinos [...] Estos monos fueron colocados ayer en sus respectivas jaulas”. Y se colocó en la parte inferior de la segunda foto: “Al iniciarse ayer la IV Convención Nacional Ordinaria de la Unión de Expendedores”. Este error provocó la ira de la presidencia y dejó de apoyar al diario, motivo por el cual desapareció algunos meses después. Suceso que nos demuestra los entretelones políticos y dependientes del Estado por parte de la prensa de la época.

El presente ensayo logra su objetivo principal: “La narración visual que se desprende de las imágenes fotográficas publicadas obliga al lector a desarrollar una mirada global y a recuperar las distintas atmósferas, tanto festivas como de enfrentamientos presentes en la Ciudad de México durante los dos meses anteriores a la fecha trágica del 2 de octubre”.

La cabeza de Villa: Una intensa novela sobre la Revolución profanada

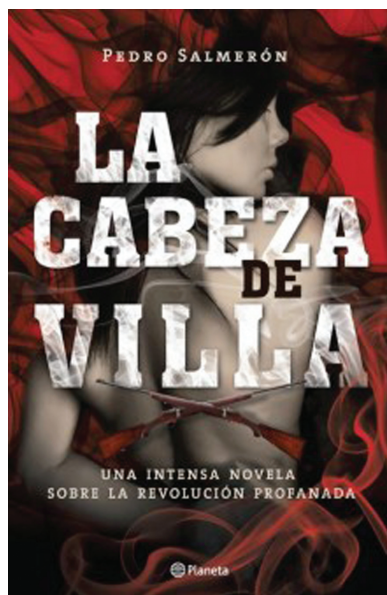
Salmerón Sangines, Pedro, México, D. F.: Planeta, 2013, 248 pp.

Doreli Matilde Nava Gavilanez

Pedro Salmerón incursiona en el ámbito de la ficción con la novela que habla sobre el robo de la cabeza de Pancho Villa, personaje emblemático de la Revolución Mexicana y que fue clave, primero, en el movimiento constitucionalista, y después en contra de él.

La novela permite conjugar los tiempos y espacios que se suscitaron en los personajes. Es una historia que se ajusta a una época determinada para desarrollar el ambiente y accionar de los protagonistas que existieron. Usa al héroe histórico y sus circunstancias siempre imaginarias para contarnos un relato de acontecimientos.

Por medio de la ficción, tiene la ventaja de basarse en un hecho y personaje real, haciendo simulaciones de esa misma realidad que le permiten fantasear con la vida de los hombres que participaron en las filas revolucionarias al lado del Centauro del Norte; quien, por cierto, está ausente en los relatos, pero se construye la narración de lo que alrededor de él se despertó y suscitó.



El aporte principal de este trabajo es abordar, desde la óptica literaria, lo acontecido alrededor del Centauro del Norte, y poder gozar la lectura con bases históricas con un hecho que aconteció, que podemos reestructurarlo –en base a la novela– y darle un sentido de conjugaciones en tiempo y espacio.

El libro se compone de 248 páginas, en las que el autor resalta la figura de Lorenzo Ávalos Puente, quien participó en la insurrección y estuvo con Villa hasta pocas horas antes de su muerte. De igual manera, introduce a un personaje ficticio llamado María Eugenia, que va darle un toque pasional al relato.

La novela se debate entre el quehacer de un detective y el erotismo de los personajes centrales, haciendo toda una reconstrucción de los episodios que tuvieron que atravesar para dar con los culpables que robaron la cabeza del General de la División del Norte.

En la obra se muestra los andares de Lorenzo Ávalos, que nos lleva desde Parral hasta Veracruz, pasando por Zacatecas y la Ciudad de México, y resalta sus virtudes, vicios

y pasiones. Narra los episodios revolucionarios que tuvieron que lidiar en la búsqueda de las personas que permitieron que se cortara la cabeza del dirigente máximo de la División del Norte.

En esa búsqueda por dar con el paradero de los que profanaron la tumba de Villa, nos describe las situaciones imperantes en el norte, centro y sur del país. Nos recuerda que Lorenzo Ávalos Puente, personaje que si existió, fue uno de los más allegados a Pancho Villa, quien a su vez participó en el reparto agrario de la mano con Lázaro Cárdenas.

Durante el desarrollo de la novela, descubrimos personajes que sí participaron con los Dorados de Villa; otros tantos que son invención, además de aportar datos históricos y personajes perdidos que no se encuentran ni en el inconsciente colectivo. Lo importante es entender por medio del goce literario una parte de nuestra historia que, si bien nos lleva por caminos insospechados, nos puede dar una mirada de acercamiento a hechos reales convertidos en ficción.

La leyenda del villismo es relatada en esta obra que te invita a caminar de la mano con la historia y alguno de sus personajes que participaron con el movimiento de los Dorados. Cabe destacar que los personajes ideados dan sentido a la estructura novelesca, y te mantienen atento a lo que continuará en el próximo capítulo.

Se recomienda esta novela por dos cuestiones: el autor maneja la temporalidad y el personaje ausente (Pancho Villa) de una manera acertada, y la obra tiene el ímpetu de atrapar por sus personajes y la manera de desarrollar sus vivencias para explicar todo el contexto que nos llevará en la indagación de los que robaron la cabeza de Villa.

Lealtades divididas. Camarillas y poder en México 1913-1932

Gómez Estrada, José Alfredo, México, D.F.: Instituto Mora, 2013, 280 pp.

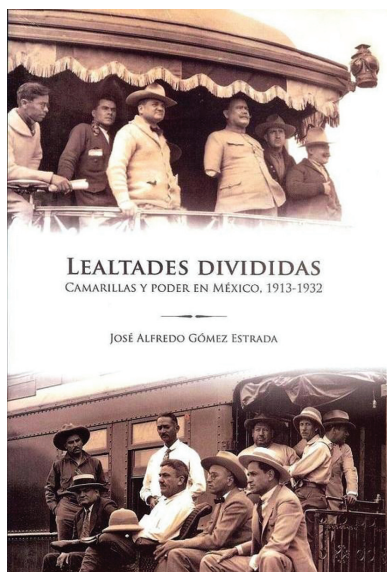
Maricela Garza Martínez

Lealtades divididas. Camarillas y poder en México 1913-1932 es la investigación realizada por José Alfredo Gómez Estrada, que desentraña el proceso de integración –iniciado en 1913– de seis hombres: Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Abelardo L. Rodríguez, Juan R. Platt, José María Tapia y Francisco Javier Gaxiola Zendejas, todos ellos originarios de Sonora, a excepción de Gaxiola, oriundo del Estado de México.

El autor analiza la evolución de sus relaciones, los apoyos y favores obtenidos por cada uno, así como los vínculos afianzados a lo largo de los años que explican la confianza y la lealtad, estudiados en esta obra como aspecto fundamental.

El autor estructura la investigación de las interrelaciones establecidas entre los seis personajes con la teoría de las élites, refiriéndose a ésta como un grupo jerarquizado de personas que comparten el poder político y económico con capacidad de tomar decisiones de trascendencia en la sociedad, que ocupan puestos en los diferentes niveles de gobierno, en la administración pública, Ejército y Congreso, situándolos a todos ellos como miembros de la élite de Estado en el periodo de 1916-1935.

Parte de la teoría de las élites y profundiza más al analizar con detalle a la unidad base de éstas, las “camarillas”, es decir, personas unidas con el propósito de perseguir intereses comunes y mejorar sus posibilidades en el ámbito político.



En este grupo sitúa a Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Abelardo L. Rodríguez, así como de los menos conocidos Juan R. Platt, José María Tapia y Francisco Javier Gaxiola Zendejas.

Con excepción de Francisco Javier Gaxiola Zendejas, todos ellos se incorporaron a las fuerzas organizadas en 1914 al lado de Venustiano Carranza para combatir a Huerta, permitiendo a la mayoría de ellos, una vez consumado el triunfo de los constitucionalistas, obtener puestos en los diferentes niveles de gobierno.

El grupo sonorense sube al poder en 1920 con el ascenso de Adolfo de la Huerta, pero sobre todo con Obregón y Calles cuando hicieron en su gobierno el proyecto de reconstrucción económica y la institucionalización política nacional.

La parte medular de la investigación es la narración y análisis de la actividad militar y política, aunada a la exitosa carrera empresarial de uno de los sonorenses más controversiales, enigmáticos y contrastantes del periodo posrevolucionario: Abelardo L. Rodríguez, presidente interino en 1932-1933.

La carrera de Abelardo L. Rodríguez no podría explicarse sin la

ayuda de sus mentores Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, o sin el apoyo incondicional de su camarilla política –destacando por su cercanía Juan R. Platt, José María Tapia y Francisco Javier Gaxiola–, analizada también muy a detalle por el autor.

En ese sentido, el trabajo “teje” esas relaciones hacia arriba con estos dos personajes determinantes y hacia abajo con sus subalternos.

La camarilla, que es una red de amigos que se apoyan para impulsarse en sus carreras más allá del partido, cobró forma tanto en el ejército como en las dependencias estatales, y llevó a tres de ellos a asumir la presidencia de México. En esos espacios creó lazos de confianza, capacidad y lealtad con un grupo más amplio; fue así como Adolfo de la Huerta, Benjamín Hill, Francisco R. Serrano, Luis L. León, Aarón Sáenz, Fausto Topete, Ángel Flores, Eugenio Martínez, Arturo Ríos Zertuche, Fernando Torreblanca, Alejo Bay, Ramón Ross, Roberto Cruz, entre otros, formaron parte de esta extensa agrupación que empieza a vislumbrarse en la historiografía como *el grupo sonorense*.

José Alfredo Gómez, quien es director académico del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, apoya su exhaustiva investigación de varios años con archivos históricos y fuentes bibliográficas. También hace uso de la entrevista, elemento que le permite llenar huecos dejados por las fuentes impresas. Cabe destacar el uso que hace el autor del estudio de biografías que le permiten traslaparlas hasta encontrar las afinidades, amistades y alianzas entre estos seis personajes. En suma, una obra bien documentada que abre camino para futuras investigaciones del grupo sonorense.

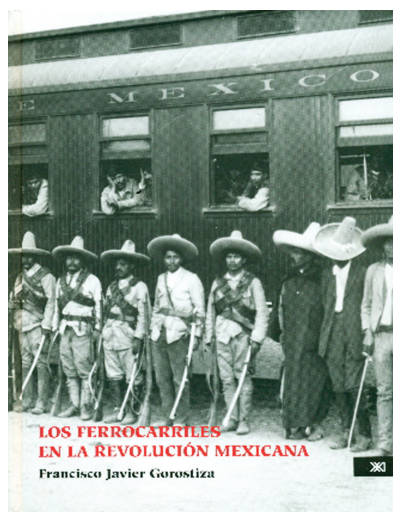
Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana

Gorostiza, Francisco Javier, México, D.F.: Siglo XXI, 2010, 725 pp.

Oswaldo García Martínez

Gracias a su desempeño profesional, podemos decir que Francisco Javier Gorostiza es la persona más autorizada para ofrecernos esta obra en la que destaca el lugar primordial del ferrocarril durante el proceso revolucionario mexicano, ya que trabajó la mayor parte de su carrera profesional en Ferrocarriles Nacionales de México, fue director del Ferrocarril Pacífico Norte, de la Terminal del Valle de México y coordinador de Telecomunicaciones y Transportes, además de director de proyectos en Ferromex y dos veces director general de Planeación de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes.

Lugar del *monstruo de hierro* que debe ser tomado en cuenta para los apasionados e investigadores de la historia, durante el enfrentamiento armado el ferrocarril no sólo sirvió para transportar tropas y defender o tomar ciudades, también fungió como hospitales y campamentos, siendo los operadores de estas



máquinas parte importante del desarrollo histórico no sólo del ferrocarril, también del movimiento armado.

Durante la revolución no encontramos otro medio de comunicación nacional, ya que las carreteras se construyeron institucionalmente hasta 1925, por lo tanto, el ferrocarril era el único transporte para poder desplazarse en el territorio mexicano. La gran mayoría de los ejércitos federales e insurgentes se apoyaron en este medio para llevar a cabo sus combates, planear estrategias y sobre todo para socializar en torno a un ambiente hostil que se les presentaba en ese tiempo.

Es un trabajo que destaca el uso militar de los trenes a través de la distribución geográfica de las vías férreas que marcaron las estrategias de guerra, la presencia del gremio ferrocarrilero en la lucha revolucionaria y los sucesos ferroviarios más importantes durante la década de los veinte del siglo pasado.

La publicación está dividida en 19 capítulos, parte de la etapa constructiva de los trenes durante el Porfiriato; luego aborda la sublevación y gobierno de Francisco I. Madero; el papel del ferrocarril en la estrategia del Ejército Constitucionalista para derrocar a Victoriano Huerta; la lucha entre villistas y carrancistas que buscaron el dominio de las vías férreas como factor decisivo en la balanza de esta guerra civil; la revolución zapatista y los conflictos armados en otras regiones del país hasta llegar a la etapa final con la muerte de algunos de los protagonistas de la Revolución.

En la parte XIX *Cien años después*, se resume el tiempo comprendido al término de la Revolución y hasta nuestros días, para enfatizar que es un medio vigente sobre todo para movilizar la produ-

cción minera y agrícola, así como las exportaciones.

Francisco Javier Gorostiza se apoyó en un extenso trabajo bibliográfico y de análisis de documentos por cuatro años; enriqueció su investigación con los testimonios de distintos revolucionarios, analistas políticos y publicaciones como *La verdadera Revolución Mexicana* de Alfonso Taracena, el libro *Historia del ejército y la Revolución Constitucionalista* del General Juan Barragán Rodríguez e *Historia militar de la Revolución Constitucionalista* del General Miguel A. Sánchez. Además de incluir fragmentos de novelas, cuentos y corridos revolucionarios donde los trenes ocupan una parte esencial. Sin dejar de mencionar que en el libro también encontramos diversas imágenes obtenidas de archivos como el Fondo del Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos del CONACULTA, el Archivo General de la Nación, la Hemeroteca Nacional, el Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana y la Secretaría de la Defensa Nacional.

Obra destacada y llena de anécdotas en donde el autor comenta en una presentación que “muchos hechos me impactaron como cuando Villa atacó Ciudad Juárez y se robó un tren metalero lleno de carbón que descargó para subir a cientos de soldados. Me encontré con muchísimos hechos en los cuales los principales caudillos y revolucionarios utilizaron el ferrocarril, por ejemplo, cuando Madero huye de la cárcel hacia Estados Unidos es ayudado por un empleado del Express; o en la ocasión en que Álvaro Obregón huye en 1920 disfrazado de garrotero hacia Iguala cuando estaba a punto de ser apresado; o Venustiano Carranza, quien muchos de sus movimientos los hizo en ferrocarril”.

